LAS REGLAS DEL JUEGO

Jesús Campos García

Jugar, nunca mejor dicho. El componente lúdico de toda creación artística alcanza en el teatro para niños y jóvenes su sentido más pleno. El teatro siempre es divertido, pues nos divierte de nuestra realidad, nos sustrae de nuestros argumentos y nos vierte en los argumentos de la ficción. Otra cuestión, ya, es saber qué es lo que nos divierte, en qué consiste la propuesta de juego o cómo se entra al juego con según qué propuestas. ¿Quién no se recuerda a sí mismo negándose a jugar?

Jugar es, ante todo, una convención. Jugamos siempre a partir de unas reglas del juego, y aún en el caso de que el juego consista en negar esas reglas, el referente de las reglas que se niegan es condición obligada para poder negarlas. De hecho, toda actividad social, por principio, es convencional, pues la convención es eso, un pacto para la convivencia, y si convenimos formas de relación para poder entendernos en la realidad, cuánto más necesario convenir los signos de la ficción.

En la más primaria de las comunicaciones, la locomotriz, los caminos se hacen a base de andarlos; ese es el origen de cualquier vereda. Porque no hablo de reglas impuestas, sino de reglas transitadas. Ir y venir por el campo abierto acaba por trazar el camino, y es así como, a resultas de innumerables voluntades, se establece la voluntad de la tradición.

De ahí que jugar con niños sea tan delicado. El bagaje de los que hacemos la propuesta frente a la inexperiencia de los neófitos nos otorga tal posición de fuerza que el mal uso o abuso de esas reglas, insisto naturales, pueden desnaturalizar el juego y convertirlo en un ejercicio de adoctrinamiento o banalización.

Cuando jugamos con niños o con jóvenes, cuando hacemos teatro para ellos, no solo les divertimos de la que es su realidad, sino que les iniciamos en los hábitos de la diversión. Más que nunca, es aquí necesaria la pregunta ¿teatro, para qué?, ¿teatro para asumir la realidad o teatro para evadirnos de la realidad? O lo que es lo mismo, ¿salir de nosotros para enfrentarnos a lo que somos o salir de nosotros para darnos la espalda? ¿Utilizar la ficción como herramienta de conocimiento o como argucia para el autoengaño?

En la historia del teatro infantil y juvenil, no así en la narrativa, escasean los monumentos universales, referentes incuestionables de textos que hayan enfrentado al niño a su realidad. Un criterio proteccionista y timorato se impuso a propuestas más perturbadoras. Y la convención, o mejor, lo convencional, dejó de ser camino para convertirse en principio inamovible. Nada que ver con la comunicación.

No perturbar fue, durante los casi cien años en los que se fraguó nuestro teatro infantil y juvenil, el precepto obligado (meterse en honduras fue siempre impedimento para viabilizar cualquier tipo de proyecto, no digamos ya si se dirigía a edades tempranas), y hasta las versiones escénicas de los cuentos tradicionales, no exentos de crudeza, fueron edulcoradas para no escandalizar a los «bienpensantes». Hubo excepciones que confirman lo dicho, mas las propuestas de Valle, Lorca u otros igualmente transgresores, fueron silenciadas en aras de la «corrección».

Por fortuna —no podría ser de otro modo—, se va abriendo camino un nuevo teatro para niños y jóvenes cuyo compromiso con la realidad está por encima de cualquier otra consideración. Sigue existiendo, sí, un teatro ñoño o fantasioso, igual que existe un teatro de evasión para adultos, y con igual motivo que se fomenta (fuertemente subvencionada, no conviene olvidarlo) una cultura de parques de atracciones. El interés de quienes quieren situarnos de espaldas a la realidad no va a resolverse de inmediato. Pero es bueno saber que ya hay otras opciones, y no me refiero a contenidos, sino a modos de relación, que el teatro no es aula para impartir doctrina, y si alguna enseñanza cabe en su ejercicio, es la de aprender las reglas del juego, para que cada cual lo juegue a su aire. ■